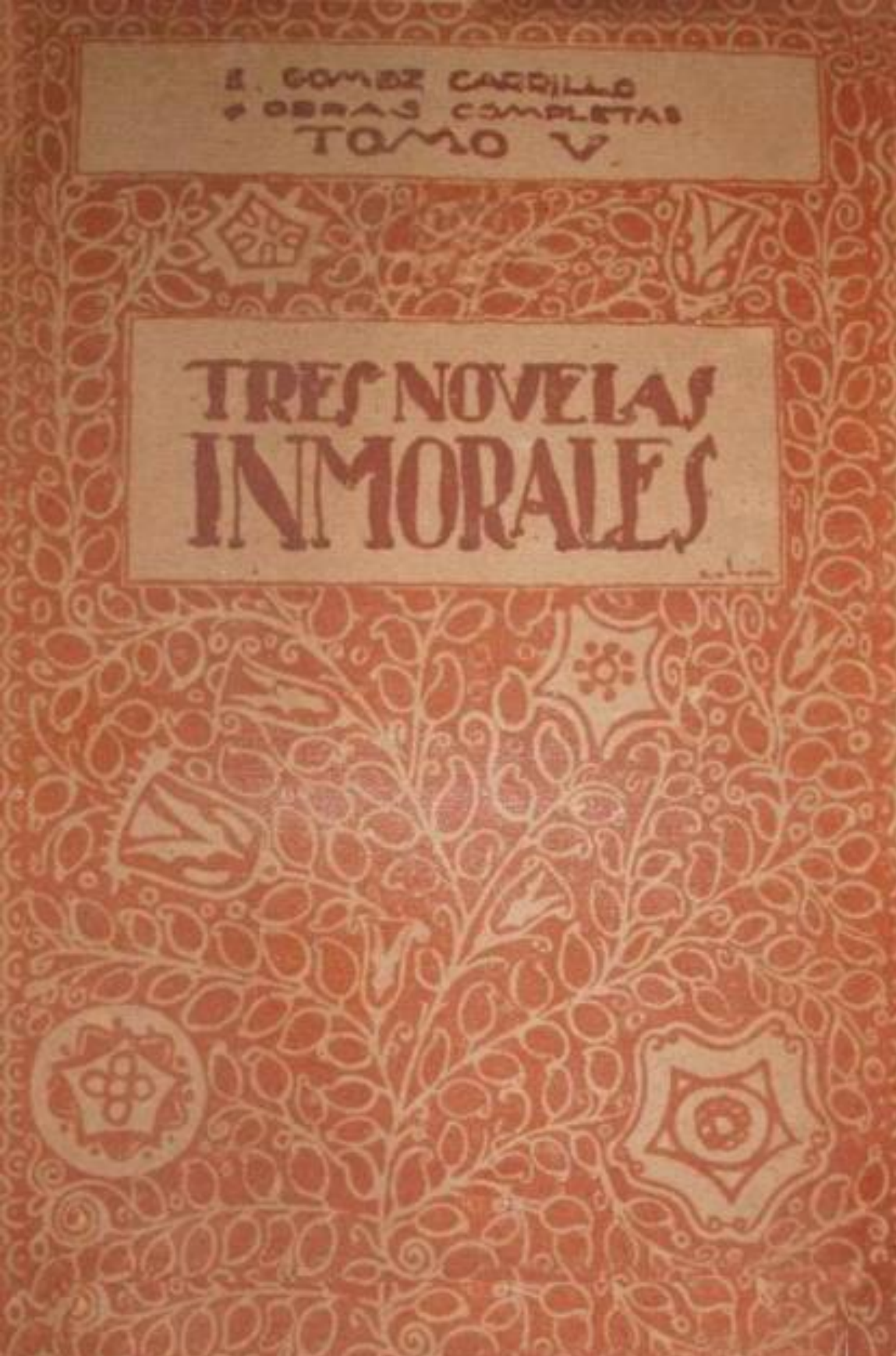


E. GOMEZ CARRILLO
OBRAS COMPLETAS
TOMO V

TRES NOVELAS
INMORALES



«... pongo, afectuosamente, las ligeras páginas que contienen estas tres historietas inmorales... Aunque cuando escribo la palabra "inmorales" refiriéndome a mis novelitas juveniles, no puedo menos de sonreír... Es tan ingenua, es tan pueril esa inmoralidad, que no llega siquiera a ser peligrosa. Todo se reduce, para hablar como esos franceses del siglo XVIII, a quienes usted y yo admiramos tanto, a no darle mucha importancia a los asuntos de *couchage* y a llamar *bagatela* al pecado carnal».

Índice de contenido

Cubierta

Tres novelas inmorales

Dedicatoria

Bohemia sentimental

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

Del amor, del dolor y del vicio

I

II

III

IV

V

VI

VI
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII

Pobre clown

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII

XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX

DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. D. J. Quiñones de León

En sus manos de embajador, acostumbradas al peso transcendental de los Libros Blancos y de los Libros Rojos, pongo, afectuosamente, las ligeras páginas que contienen estas tres historietas inmorales... Aunque cuando escribo la palabra «inmorales» refiriéndome a mis novelitas juveniles, no puedo menos de sonreír... Es tan ingenua, es tan pueril esa inmoralidad, que no llega siquiera a ser peligrosa. Todo se reduce, para hablar como esos franceses del siglo XVIII, a quienes usted y yo admiramos tanto, a no darle mucha importancia a los asuntos de couchage y a llamar bagatela al pecado carnal.

Yo, usted lo sabe, hubiera querido renegar de un modo definitivo de estas páginas escritas a los diez y ocho años y no incluirlas en mis obras completas. Pero usted me ha hecho comprender que hay algo de cobardía en esa clase de escamoteos literarios de producciones adolescentes. A usted, que las ha salvado de la repudiación, le entrego, pues, mis novelitas, apenas despojadas de algunos adornos inútiles, para que, con su exquisita ironía, las coloque en su biblioteca entre un tratado de Derecho Internacional y un tomo del marqués de Lema...

Lo saluda respetuosa y afectuosamente su amigo,

E. G. C.

París, Noviembre 1919.

BOHEMIA SENTIMENTAL

I

—¿QUÉ hora es?

Emilio sacó de la faltriquera de su gabán una papeleta de empeño, y, contemplándola gravemente, repuso:

—Mi reloj está parado desde hace seis meses. Pero hay otros muchos medios de saber la hora. Pregúntale a tu estómago, y te responderá que es la hora del hambre; pregúntale a tu bolsillo, y te responderá que es la hora de la miseria; pregúntale a tu...

Luciano, que no estaba para bromas, interrumpió con sequedad a su amigo, suplicándole que no dijera tonterías.

Y en silencio, sin apresurarse, ignorando hacia dónde iban, los dos camaradas siguieron andando melancólicamente por el bulevar San Miguel.

A lo lejos los restaurantes comenzaban a encender sus luces exteriores, que parpadeaban, en la penumbra de la tarde, con aleteos irónicos y llamativos.

Emilio no pensaba en nada. Tenía apetito. Sonreía.

Luciano, inconscientemente, seguía preguntándose qué hora podía ser, sin conseguir más respuesta que la de su bolsillo, que le decía sin cesar: "La hora de la miseria, la hora de la miseria".

Lo que más le atormentaba era creerse incapaz de salir de sus apuros gracias a sus propias fuerzas. Él no era cobarde, ni perezoso, y en otras circunstancias, en un caso más serio, habría luchado contra el destino hasta morir o vencer. «La lucha no me amedrenta -decíase a sí mismo». Lo que lo amedrentaba era la situación en que se veía desde que, cuarenta y cuatro horas antes, habíasele acabado el dinero que su familia le enviaba cada fin de mes. «¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?». Su imaginación seguía buscando, en vano, un expediente para salir de apuros.

De pronto, Emilio le detuvo, tirándole violentamente por los faldones de la levita, y exclamando con voz regocijada:

—¡Eureka! Esta tarde vamos a comer como príncipes, en esa casa que está ahí en la esquina. ¿Tienes apetito? Vamos a comer, te digo. Mira la casa: en ella vive un millonario, amigo mío, que almuerza todas las mañanas, y que cena todas las noches, y que dispone siempre de un portamonedas lleno de piezas de oro, y que es muy tonto...

Luciano escuchaba a su amigo como quien oye un cuento de hadas.

Emilio continuó:

—¡Oh, muy tonto, muy tonto! ¡Pero tan rico! Figúrate que hace apenas dos meses me dio veinte duros por un soneto que luego he visto publicado con su firma en varias revistas. Tú debes de conocerle: se llama René Durán, y compra versos... ¿No subes?... ¡La sopa está servida, caballero!

Una criada, que por lo vieja y lo fea parecía un capricho escapado de los álbumes de Goya, introdujo a los dos amigos en un saloncillo amueblado con mucho lujo, pero con poco gusto.

René Durán estaba sentado en una inmensa butaca de roble añejo, con un libro entre las manos.

Luis presentó a su amigo:

—Señor Durán: Le traigo o usted a don Luciano Gramont, poeta cuyo nombre ha llegado, sin duda, a sus oídos, y que deseaba tener el honor de conocer a usted personalmente. Digo personalmente, porque ya como poeta le conocía y le admiraba a usted, lo mismo que todo el mundo.

Muy halagado, René Durán se inclinó balbuceando frases incoherentes de agradecimiento.

—Siéntense ustedes —dijo al fin.

Y comenzó a hablar, muy seriamente, de cosas que a él se le antojaban muy serias.

—Nosotros, los artistas —decía—, tenemos el deber sagrado de no escuchar los consejos embrutecedores que nos da la burguesía. Mirando siempre hacia adelante, encontramos nuestra ruta de Damasco en la contemplación de nuestros ensueños espléndidos de bohemia.

Luis contestaba:

—Somos los bohemios del presente, pero llevamos en nuestras almas el universo radioso del porvenir.

Solo Luciano permanecía silencioso, creyéndose incapaz de tomar parte en la lid de vulgaridades ampulosas que se había entablado ante él.

Al cabo de un cuarto de hora de charla literaria, Luis dijo bruscamente, dirigiéndose a Durán:

—¿Quiere usted hacernos el favor de acompañarnos a comer? Mi amigo desea intimar con usted, en quien ha adivinado una alma hermana de la suya.

—Muchísimas gracias —repuso René —; se lo agradezco con todo el corazón; pero esta tarde..., ¿por qué no se quedan más bien ustedes, a hacer penitencia con nosotros?

La palabra «nosotros» llamó a Luis la atención.

—¿Tiene usted familia?

—Familia justamente, no. Tengo una amiga, artista también, que me ayuda a soportar las tristezas de la vida.

Luciano se sentía como sobre ascuas. El aplomo de su amigo que, no teniendo diez céntimos para comprar un panecillo, invitaba a comer a un millonario, parecíale criminal, y la actitud de ese señor que compraba sonetos para firmarlos, que hablaba de arte con frases vacías y que encontraba triste la existencia, teniendo un portamonedas lleno de oro y una querida bonita, figurábasele el colmo del más odioso esnobismo. «Si no fuese porque tengo hambre —pensaba—, me marcharía más corriendo que andando. Y aún con hambre y todo, creo que me iría, a no ser por ese desvergonzado de Luis, que ya está aquí como en su casa y que explota la imbecilidad humana en beneficio de nuestros pobres estómagos. Lo que sí me juro, con más solem-

nidad de la que nuestro anfitrión emplea para llamarse a sí mismo bohemio, es que no volveré nunca a entrar en este ridículo salón. ¡Pues no faltaba más! ¡Ah, no!, de ninguna manera, ¡jamás!...».

Un criado interrumpió las exclamaciones mentales del poeta indignado, anunciando en alta voz:

—El señorito está servido.

En el comedor, la querida de Durán hacía los honores con elegancia algo teatral, inclinándose cual una marquesita de Fragonard; indicando, por medio de reales ademanes, el puesto que cada uno debía ocupar; bajando los ojos como las «ingenuas» del Teatro Francés ante los cumplidos de sus invitados.

Luciano pensó: «Es muy bonita. ¡Lástima que esté tan mal educada y que sea la mujer de este bárbaro!».

Luis soñaba ya en comérsela, como delicadísimo postre, después de la cena.

Durán seguía hablando de arte y de literatura, con palabras escogidas y voz estudiada:

—Lo único que nos consuela de los sinsabores múltiples de la vida —decía— es la estimación de los cerebros nobles y el cariño fraternal de los corazones elegidos. Si no dispusiéramos de esos consuelos y de los goces infinitos que la concepción artística produce, más nos valiera renunciar francamente a la existencia y refugiarnos por nuestra propia voluntad en el mundo misterioso de la muerte. Sacar el pan del tintero es siempre arduo, y cuando ese pan no viene endulzado por las delicias del compañerismo y de la general estima, resulta más amargo que el clásico pan del destierro.

René Durán tenía la inocente locura de querer hacer creer que vivía de su trabajo. Increpaba a los editores por lo mal que pagaban, y quejábese amargamente de lo mucho que era necesario producir para vivir con modestia.

—Lo que nos mata es la fecundidad forzada —decía.

Y luego citaba familiarmente nombres de literatos ilustres, indicando lo que ganaba cada uno de ellos.

Luciano oía esas cifras con verdadero respeto, pensando en lo dichoso que él sería si un periódico cualquiera le asegurase la más humilde de las existencias en cambio de doce horas de trabajo diario. ¡Vivir de su literatura! Lo deseaba con tal ardor, que ni siquiera se atrevía a esperarlo. ¡Vivir de sus libros, de sus artículos, de sus poemas, de sus comedias! ¡Escribir día y noche, y luego comer! ¡Hacerse una reputación modesta y saber que su nombre no era ignorado por completo!... ¡Ilusiones!... ¡Rosadas ilusiones!... ¡Ilusiones tristísimas, por lo lejanas!

La querida de Durán leyó en los ojos de Luciano las íntimas melancolías de su alma, y con acento cariñoso le preguntó:

—¿Es usted poeta?

—Sí, señora.

—No me llame usted señora... ¿Y no ha publicado usted ningún libro?

—Ninguno... señorita.

—Prefiero que me diga usted mi nombre: Violeta.

—¿Violeta nada más?

—Para los amigos solo Violeta. En el teatro me llaman Violeta de Parma, ¿le parece a usted ridículo?

—¡Sí, pero encantador! —exclamó Luis, con la boca llena, mientras Luciano contestaba, sonriendo discretamente:

—En usted todo me gusta.

Después de la comida, Durán llamó aparte a Luis para informarse de las cualidades intelectuales de su amigo.

—Se lo pregunto a usted —le dijo— porque necesito un colaborador para un drama.

—¿Para un drama? Nadie mejor que él. ¡Un talento! ¡Solo Victor Hugo ha tenido tanto en nuestro siglo! ¿Quiere usted que yo me encargue de hablarle de eso? Harán ustedes un drama admirable... ¡Pues ya lo creo! Lo malo es que sería necesario que yo le llevase esta noche al teatro... y co-

mo he olvidado mi portamonedas... ¿No tiene usted algunos francos?...

En otro extremo del comedor, Violeta y Luciano hablaban en voz baja:

—¿Sinceramente le gusta a usted mi nombre?

—Sinceramente.

—¿Y no le parezco a usted orgullosa?

-Lo que me parece es que usted es digna de mejor suerte. Su marido es algo solemne para cultivar violetas,

—¡Murmurador!... Es un hombre bueno.

Demasiado buen hombre.

-Venga usted mañana a mi teatro... ¿Vendrá usted?...

II

Violeta era, tal vez, tan vanidosa como su amante; pero de otro modo. Era una vanidosa sonriente, que sabía, en ciertos casos, burlarse de sus propios defectos.

Era vanidosa porque le gustaba gustar. Los elogios a su ingenio, a su cultura, a su elegancia, a su modo de expresarse, a todo lo que había en ella de artificial, en suma, halagábanla mil veces más que los elogios a sus encantos naturales.

Muy niña aún, en su humilde guardilla familiar, solía turbar la sencillez de su madre con sus precoces coqueterías. A veces, para parecer una mujer, rellenábase de algodón el talle, desnaturalizando la línea de su seno apenas naciente. En otras ocasiones embadurnábase el pelo de tinturas compradas a hurtadillas al volver de la escuela, con objeto de parecerse a las rubias pecadoras que le sonreían por la calle.

Esos caprichos malsanos que apenaban a su madre, solo hacían reír a su padre, empleadillo envejecido entre libros, incapaz de adivinar, por los primeros anhelos, el porvenir de un alma humana.

—Se nos va a perder —decía la pobre señora.

Y el empleadillo contestaba:

—No tengas miedo. Todas las chiquillas son así al principio y luego se vuelven serias. Déjala que lea y dile que salga lo menos posible. Allí están mis libros para que se entretenga.

Los libros completaron la obra de la Naturaleza. A los catorce años, Violeta tenía ya la cabeza poblada de blondos pajes cantores, de poetas en cuyos labios florecían los madrigales y los besos, de mujeres libres, bellas y dichosas, que habían salido de la miseria para llegar a ser princesas;